

¡Limerick de mi vida!

Los campeones del Mundial de Fútbol de Abogados 2016 repasan las anécdotas que adornan un torneo «inolvidable», como el gol de Quique en 'semis': «Fue el orgasmo»

«Hemos querido jugar con el estilo de Cruyff y nuestro espejo ha sido la España de Xavi y de Casillas, aunque nos ha tocado sufrir», admite el mister, Juan Pacheco

■ DANIEL VIDAL

MURCIA. Limerick no le pega con el empuje, ni la pasa al hueco con precisión. Ni siquiera anima a los compañeros. Limerick no es delantero, no es un habilidoso mediapunta holandés, ni un libero alemán, no es un pelotero inglés afincado en el barrio de El Carmen. Limerick, de hecho, ni siquiera es futbolista, ni siquiera es abogado. Ni siquiera es de carne y hueso. Ni siquiera se puede tocar. Pero parte de la Copa del Mundo es de Limerick. Parte del triunfo es suyo. No existiría la gloria sin Limerick. ¡Limerick de mi vida!

Si los madridistas tienen a Juani y los atléticos tienen a Luis Aragonés cuando hay que tirar del jugador número 12... los abogados murcianos tienen a Limerick, una pequeña ciudad de la provincia de Munster, al oeste de Irlanda, de poco más de 50.000 habitantes y colonizada por hordas de vikingos al principio del siglo IX. Fue allí, en 1996, donde los abogados murcianos comenzaron a competir contra otros letrados del mundo, donde surgió el grito de guerra previo a los partidos que hoy aún acompaña a estos peloteros (¡Igor!

¡Aigor, cojones!) y donde se forjó 'el espíritu de Limerick'. Un sentimiento basado en la unión, en el compañerismo, en la amistad aderezada con chistes, música y diversión a raudales que ha contribuido definitivamente –coinciden todos los entrevistados– a que el equipo del Colegio de Abogados de la Región levantara el sábado la copa de campeones del mundo, un torneo «inolvidable» tras una final de infarto ante los agueridos togados argentinos, que acabó resolviéndose en los penaltis. Aún cuesta mantener la emoción –y lo que queda– cuando cualquiera de los protagonistas narra el último de los penaltis, el que provocó la locura colectiva en los campos de La Manga

UNA PLANTILLA DE ORO

► Pedro Romo; Andrés Verdú; Enrique Ródenas; José Tovar; José Luis Díaz Manzanera; Jesús Teruel; Francisco J. Sánchez García; Juan Antonio Tovar; José Luis García; Manuel Pérez Botia; Salvador Rincón Gallar; Francisco J. Vidal-Salmerón; Juan Soro Mateo; Francisco Luis Valdés-Albistur; Fernando García Ruiz; Higinio Pérez Mateos; Francisco J. Rojas Aragón; Bauer Dieter; Salvador Roca Nicolás; Patricio E. García Rocamora; Vicente San Martín Aisa; Roberto García Navarro; Carlos López Abellán; Rafael López Martínez; Juan Martín Peñalver; Pablo Ruiz Pala-



El capitán, Roberto García, trata de rematar un córner ayer emulando el gol de Enrique Ródenas (Quique) contra los brasileños :: V. VICÉNS / AGM

Club. El lateral derecho, Carlos López Abellán, 'Charlie', engañó al portero albiceleste y mandó el cuero al fondo de la red, rasito y por el centro. Gol, victoria y título. «Y eso que lo único que escuché antes de tirarlo fue a un jugador rival que me dijo: 'boludo, está toda tu familia mirándote, vas a fallar», recuerda el propio 'Charlie', abogado de 40 años, uno de los más jóvenes de una plantilla cuya

edad media ronda los 50. Ayer crujía más de una rodilla a la hora de hacer la foto de familia en La Condomina. El parte de lesiones, durante los ocho días de competición, da para llenar varias sentencias. Como la del libero del equipo, el fiscal de delitos ambientales José Luis Díaz Manzanera, que se rompió los isquiotibiales justo antes de empezar el torneo y no reapareció hasta el partido de cuartos de final contra los abogados japoneses de Tokyo, el que acabó con un contundente 3-0 a favor de los murcianos. El que les dio el pase al partido más vibrante de todo el campeonato: la semifinal contra los brasileños. Ese difícil partido para el que se 'prepararon' unas horas antes poniéndose finos de sushi... y vino.

«Estaban muy fuertes, nos obligaron a echarnos atrás», recuerda Juan -'Johnny'- Pacheco, el entrenador. «Tuvimos que 'rascar», añade. Un eufemismo para explicar que tuvieron que sacar las patadas a pasear. Tras una batalla campal que se encaminaba a los penaltis con 0-0, el gol de los brasileños llegó a cinco minutos del final. El sueño se esfumaba. «Tanto esfuerzo para nada», pensaba Díaz

Manzanera con los brazos en jarra. El equipo estaba a punto de tirar la toalla cuando Enrique Ródenas (Quique) salió del banquillo a menos de un suspiro para el final. «Esos días estaba con vértigos y el médico me había dicho que no se me ocurriría rematar de cabeza pero...



¿Cómo iba a dejar pasar ese balón?», recuerda. No, no lo dejó pasar. Vio cómo aquel balón salía desde el córner, cogió algo de carrerilla y llegó desde atrás a lo Puyol contra Alemania, a lo Sergio Ramos contra el Atleti, y remató con toda su alma al fondo de las mallas. Gol. A la final. «Fue el orgasmo», recuerda Díaz Manzanera sin pelos en la lengua. Alguno emuló el grito de Camacho con el gol de Iniesta en la final de Johannesburgo en 2010 y soltó eso de «¡Quique de mi vida!». Después llegaron los penaltis, donde el portero Pedro Romo también se convirtió en héroe al parar tres lanzamientos de los carriocas: «¿El secreto? Pablo (Ruiz Palacios) me señalaba el lugar al que me tenía que tirar, y yo me tiraba». Tal cual. Carcajada. «La diversión era la base. Si no había diversión, si no había un chiste, no jugábamos», ilustra Romo. «¡Limerick de mi vida!»